

vasco-navarra, son obligadas las referencias a la actual Comunidad Foral. Esta elección repercute además en la bibliografía que se cita, muy limitada en el caso navarro, donde no se incluyen las recientes monografías dedicadas a la Asociación Euskara de José Luis Nieva, la dedicada a Arturo Campión por José Javier López Antón, o la referente a la Comisión de Antigüedades de Emilio Quintanilla, entre otras.

En cualquier caso, y pese a las críticas parciales, nos encontramos ante una obra sólida y extraordinariamente útil, un punto de referencia ineludible para acercarnos a la historia del País Vasco con la seguridad que siempre da el trabajo de los historiadores cuando desarrollan todo el *savoir faire* de su *métier*. Gracias por tanto a su autora por la oportunidad de conocer en profundidad un tema apasionante.

Coro Rubio Pobes, profesora Titular de la Universidad del País Vasco, ha desarrollado un buen número de estudios sobre esta comunidad en el siglo XIX. Destacan especialmente su *Revolución y tradición. El País Vasco ante la revolución liberal y la construcción del Estado español, 1808-1868* (1997), y *Fueros y constitución. La lucha por el control del poder: País Vasco, 1808-1868* (1997). Ha editado también la *Memoria justificativa de lo que tiene expuesto y pedido la ciudad de San Sebastián para el fomento de la industria y comercio de Guipúzcoa (1832)* (1996) y *Los liberales: fuerismo y liberalismo en el País Vasco (1808-1876)* (2002).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Uría, Jorge (ed.), *La cultura popular en la España contemporánea. Doce estudios*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003. 302 pp. ISBN: 8497421655.

Introducción, pp. 11-26; Primera parte: Orden y desorden en la cultura tradicional. Capítulo 1. Demetrio Castro, La religiosidad popular en España. De la crisis del Antiguo Régimen a la sociedad industrial. Algunas cuestiones para su estudio, pp. 29-43; Capítulo 2. Jesús Suárez López, La construcción de lo popular. Héroe viejos y nuevos de los romances, pp. 45-54; Capítulo 3. José Antonio Fidalgo Santamariña, Las transformaciones del carnaval a través del caso gallego, pp. 55-73. Segunda parte, De la Restauración a la Segunda República. La mercantilización de la cultura popular. Capítulo 1. Jorge Uría, Cultura popular y actividades recreativas: la Restauración, pp. 77-107; Capítulo 2. Ángeles Barrio, Culturas obreras. 1880-1920, pp. 109-129; Capítulo 3. Francisco Erice, Entre la represión y el paternalismo. Actitudes burguesas ante "lo popular" en la España de la Restauración, pp. 131-151; Capítulo 4. Francesc A. Martínez, Antonio Laguna, Inmaculada Rius, Enrique Selva y Enrique Bordería, La cultura popular durante la Segunda República: una política de la cultura, pp. 153-185; Capítulo 5. Francisco de Luis Martín y Luis Arias González, Realidades y supuestos en torno a la cultura militante. Segunda República y guerra civil, pp. 187-210. Tercera parte. El franquismo. Cultura popular intervenida e imágenes del consumo. Capítulo 1. Jesús Timoteo Álvarez y Julio Montero, Reivindicación del consumo. Marketing, imágenes y ocio en la configuración de la sociedad española de masas, pp. 213-234; Capítulo 2. Marie Franco, La prensa popular. Tebeos, mundo rosa y crímenes: los placeres de una sociedad, pp. 235-251;

[MyC, 7, 2004, 325-395]

Capítulo 3. Javier Escalera Reyes, El franquismo y la fiesta. Régimen político, transformaciones sociales y sociabilidad festiva en la España de Franco, pp. 253-261; Capítulo 4. Ana M^a Vígara, Sexo, política y subversión. El chiste popular durante el franquismo, pp. 263-283. Autores, pp. 285-290; Resúmenes, pp. 291-296; Abstracts, pp. 297-302.

Menciona Jorge Uría en el arranque de este libro colectivo la deuda de la historiografía española con la cultura popular. Los profs. Timoteo y Montero insisten en esta idea al afirmar que “el papel del ocio o entretenimiento en la organización de las actuales sociedades es casi un territorio analíticamente virgen” (p. 222). No hay, salvo honrosas excepciones recientes, estudios dedicados a la historia que no contemplen, juntos o por separado, temas como la política, la economía o el conflicto social, viejos y no tan viejos temas que han ido de la mano de las corrientes dominantes en la historiografía española e internacional. Y sin embargo, como titula Warren Susman, hay que tener en cuenta la *Culture as history*. Y no sólo la alta cultura, la cultura *savante*, sino también la cultura popular, ese concepto fronterizo, ideologizado y escurridizo que se define más por lo que no es que por lo que es⁷. Hay estudios sobre la historia del libro, de determinados tipos de literatura popular y, en general, señala Uría, una reactivación de lo referido a lo cultural a partir de los años noventa. Los antecedentes remotos los sitúa en la década de los cincuenta, cuando el contexto socio-económico del momento, especialmente el gran auge de la cultura de masas, va a permitir prestar una atención creciente a ese tipo de manifestaciones, pero sólo desde la sociología. La historia, siempre remisa, esperará hasta los setenta para acercarse a estas cuestiones, aunque en España estuviera dominada por corrientes ideológicas e influencias teóricas que dejaban de lado lo cultural. Serán los ochenta el momento de transformación en nuestro país, primero de forma teórica y, mucho más lentamente, con estudios concretos. La carencia de éstos, además de impedir la síntesis, hace que el elenco de autores que integran este libro proceda de campos diversos, tanto más necesarios cuando la propia definición de lo popular cae, en muchas ocasiones, en confusiones (cultura tradicional, popular, de masas, proletaria, etc.). Por ello se hace preciso comenzar por sentar unas mínimas bases de acuerdo, y para ello se celebró en 2002 un coloquio del que ha surgido esta publicación, pionera y aperturista, dado que afronta un tema esquivado por una historiografía surgida de un tiempo que la marcó en muchos más sentidos de los que probablemente ella misma percibió.

⁷ Quiero dar las gracias a Julián Díaz Torres por su inestimable ayuda para aclarar éste y otros conceptos adyacentes. Estas líneas le deben todo lo bueno que pueda haber en ellas.

Como puede verse por el índice, nos encontramos ante un libro variado, en el que las precisiones conceptuales siempre se hacen necesarias, al menos para situar con claridad la temática y, en buena medida, para proporcionar legitimidad a un ámbito que todavía la reclama. Nada puede dejarse al azar de un malentendido, de una mala comprensión, lo cual indica hasta qué punto se avanza por terreno virgen. Por otra parte, como señala el prof. Castro en su texto, es preciso tener en cuenta que nos encontramos ante conceptos y formas culturales que varían de forma muy considerable en el tiempo y, por ello, “imposibles de reducir a explicaciones unívocas” (p. 29). Como arena entre los dedos torpes de los historiadores, la cultura popular se resiste a hacerse sólida, a dejarse aprehender, en buena medida porque ni siquiera sabemos en qué consiste esa cultura popular. Un buen ejemplo de ello es el carnaval, al que se trazan raíces prehistóricas, pero que no puede comprenderse sin las sucesivas transformaciones que han hecho que su significado varíe con el tiempo. Tal vez pudiera adoptarse el modelo de análisis de los romances que propone el prof. Suárez, dado que la tradición oral forma un entramado vivo y cambiante con cada generación que asume el contenido de esos romances. Si eso es así incluso en un marco ritualizado y sujeto a normas, qué no ha de ocurrir en espacios y comportamientos, en prácticas y significados de componente más libre, más influidos por las transformaciones.

La alta cultura, bien estudiada a través de disciplinas definidas, metodológica y conceptualmente, muestra una evolución, una serie de transformaciones en su desarrollo, de acuerdo a los tiempos largos y cortos de su contexto intelectual y socio-político, pero también limitada y ceñida a pautas y reglas, a transformaciones revolucionarias. En el ámbito de la cultura popular, menos sujeto a normas formales e instituidas, el cambio se convierte en una razón de ser, la preocupación por la tradición se manifiesta más como una retórica que como una realidad, pues cada día se inventa y modifica lo recibido, sin las preocupaciones conservacionistas de quienes ven la genialidad en la obra individual. Tal vez sólo en nuestros días la preocupación por conservar la cultura popular esté en trance de fosilizar lo que no deja de ser puro movimiento. De hecho, como recoge el prof. Uría en su texto sobre la Restauración, la propia mercantilización de la cultura popular en forma de entretenimiento de masas sirve para fijar y normativizar lo que era fluído, pero que muestra, de la misma manera, su capacidad de transformación y adaptación constante. De alguna manera es la idea que se recoge en el texto de los profesores Timoteo y Montero, centrados especialmente en la prensa y el cine entendidos en sentido regenerador. Abarcan un amplio período de tiempo para constatar la evolución global de un fenómeno, el de la comunicación, convertido en eje legitimador y casi constituyente de la normativización de la cultura popular. De hecho, es un

fenómeno plenamente vinculado al consumo de masas, pero con unas evidentes relaciones, también, con la política de masas, la democracia. En cualquier caso, señalan la relevancia de la publicidad como medio de comunicación en un contexto de creciente importancia de lo económico: “La mercadotecnia ha sido tan importante como la política en la estructuración final de nuestras sociedades” (p. 233).

El tránsito de siglo en España marcará la transformación y la aparición de una cultura de masas que no es sino la variante modernizada de la cultura popular “tradicional”. Las condiciones varían y el ocio absorbe un tiempo que es preciso llenar. De igual forma, el acercamiento entre grupos sociales provoca un trasvase de contenidos y una creciente complejidad para el que se asoma al pasado. De hecho, cuando la profesora Barrio nos habla de las culturas obreras, destaca la aportación de la cultura política, la antropología y los análisis sociológicos en la ruptura de la interpretación tradicional de las mismas, que llevaba más allá de motivos económicos y estructurales, para entrar en cuestiones muchos menos definibles como la subjetividad, la sentimentalidad o lo irracional; en definitiva un proceso de construcción de identidades tan variable como los elementos que las compondrían. En ese sentido, en dichas culturas obreras cabría incluir la existencia de un obrerismo de derechas, cuyos valores básicos no partirían del código moral del republicanismo y que, especialmente en los primeros años del siglo XX adquirieron una considerable fortaleza en diversas regiones españolas, fundamentalmente como movimientos defensivos frente al avance del obrerismo de matriz republicana, articulado a su vez en las culturas militantes de socialistas y anarquistas.

Esta complejidad se deriva en la imposibilidad creciente, ya en el período finisecular, de definir el contenido de la cultura popular, dado que en ella confluyen las diferentes percepciones de sus protagonistas y las de quienes asisten a ella desde fuera. Es el problema que se plantea Francisco Erice al describir y analizar la actitud de la o las burguesías españolas de la Restauración frente a lo popular. Reconoce la dificultad del análisis, en parte por las diversas formas que puede adoptar, así como por la multitud de lecturas que esas formas y relaciones pueden ofrecer. De todas las posibilidades elige cinco percepciones de lo popular desde la burguesía: molesto, indigente, inmoral, inmaduro y peligroso. Estas representaciones se combinan con el conflicto social y añaden nuevos elementos en la comprensión del escurridizo concepto de cultura popular. Como concluye en su trabajo, renunciar a viejas formas de explicación no implica renunciar incluso a lo que de positivo pudiera haber en ellas. Este mismo problema se plantean los autores del texto dedicado a la cultura popular durante la II República, en el que añaden, además, un factor exterior a los temas tratados pero determinante en su conocimiento, el de la utilización de los derivados

conceptuales de la cultura popular en el enfrentamiento entre escuelas historiográficas. De igual manera, Francisco de Luis Martín y Luis Arias González señalan la circularidad de muchos planteamientos en torno a la explicación del obrerismo entre 1931 y 1939, y la necesidad de incluir nuevas vías de explicación que, pese a estar definidas, no han encontrado un eco práctico.

En cualquier caso, y pese a los pesares, añaden Francesc A. Martínez, Antonio Laguna, Inmaculada Rius, Enrique Selva y Enrique Bordería la utilidad de la relación entre cultura e identidad y entre ésta y la acción política. Como en el texto previo, analizan estos autores la cultura popular mucho más allá de la descripción de prácticas concretas y entran decididamente en las repercusiones políticas de esas prácticas a través de las identidades que las canalizan y a las que canalizan. Señalan la utilidad de esta perspectiva para afrontar la II República, cuando el trasfondo identitario republicano se convierte en el patrón de organización del Estado, cuando de la República-idea se pasa a la República-institución. Sin embargo, este paso, este cambio, supuso tirantes, las costuras de la construcción republicana se resintieron y surgieron problemas de definición y de puesta en práctica del modelo. ¿El motivo?: la imagen homogénea procedía del siglo XIX, no había prestado atención al influjo de las diversas formas de cultura popular emergentes desde hacía décadas y no respondió a la creciente heterogeneidad social y cultural (Martín y Arias hablan de las subculturas, en plural, y niegan la existencia de una cultura obrera –o burguesa, o aristocrática o del tipo que sea-, dado que, de hecho, existiría una multiculturalidad plenamente interrelacionada). La cultura era la vía para la redención, pero una redención desde arriba, paternalista, tutelada, centrada en la escuela y dejando de lado los medios de comunicación y la cultura popular. De hecho, ésta convivía con la efervescencia política a través de una amplia serie de posibilidades, muy difundidas y al alcance de todas las economías, dejadas de lado por la República, pero aprovechadas con éxito por la derecha.

De cualquier forma, todo lo que puede incluirse en la idea de cultura, subcultura o mentalidad obrera integra un espacio caracterizado más por las carencias que por las realidades. Pese al trabajo realizado, son muchos los temas huérfanos de la atención investigadora, como manifiestan Martín y Arias, conectando con la deuda que Jorge Uría señalaba al comenzar este volumen y, por ello, reivindican “la ideología popular como asunto histórico al que no debiera preterirse por mucho más tiempo” (210). En el apartado dedicado al período franquista hay algunas buenas muestras de ese intento por sacar del olvido este tipo de temas. Marie Franco recoge la prensa popular, caracterizada por el rasgo común “de crear y escenificar una realidad” (235) y, por ello, un elemento digno de tenerse en cuenta si de lo que se trata es de acercarse a esa realidad, dado que ésta se recoge

indirectamente a través de las interpretaciones y las representaciones que de ella se trata de ofrecer. De hecho, la imagen del hombre, de la mujer, de la familia, del orden burgués, que aparece en estas publicaciones no concuerda en muchos casos con la retórica del régimen franquista, lo que ofrece un contraste significativo y una buena muestra de las posibilidades explicativas de este universo cultural, de esta cultura popular canalizada a través de tebeos, prensa femenina o novelas de quiosco. De igual manera, el capítulo que Javier Escalera dedica a la fiesta incidiría en un aspecto de indudable repercusión social, pero escasamente estudiado. Además, como señala el autor, el fenómeno festivo articulaba toda una serie de manifestaciones de sociabilidad, de costumbres y prácticas y canalizaba además la transformación evidente que marcó la evolución del franquismo. Así, puede apreciarse el intento de eliminar o canalizar desde el poder las celebraciones populares más “problemáticas” o incluso la creación de fiestas específicas del propio régimen, así como la utilización de las mismas como una vía para manifestar las discrepancias hacia la situación política y social vigente. Por último, y como reflejo de las posibilidades que ofrece el estudio de la cultura popular, destaca el último capítulo, dedicado al chiste, esa expresión de comicidad crítica, reactiva y, por ello, reveladora de los elementos centrales de una sociedad (en presencia o en ausencia), pero escasamente subversiva más allá de la alusión inmediata.

En definitiva, este libro recoge un primer paso valiente en una dirección en la que son muchas más las lagunas que las seguridades. El ámbito de la cultura popular reclamará todavía estudios que sirvan para conocer mejor las sociedades en que se produce, un elemento más para llegar a la complejidad. En cualquier caso, este tipo de iniciativas pone de manifiesto la riqueza de la perspectiva cultural, extendida a territorios del pasado en los que la presencia de los protagonistas anónimos ha sido, durante demasiado tiempo, un espacio en blanco. Sin caer en una exageración de su importancia explicativa, este tipo de estudios servirá, sin duda alguna, para llegar a entendernos mejor, a todos los niveles.

Jorge Uría es Profesor Titular de Historia Contemporánea en la Universidad de Oviedo. Ha publicado *Una historia social del ocio. Asturias (1898-1914)* (1995) y coordinado otros como *Asturias y Cuba en torno al 98* (1994) e *Institucionismo y reforma social en España. El grupo de Oviedo* (2000).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Cannadine, David. *In Churchill's Shadow. Confronting the Past in Modern Britain*, Londres, Penguin Books, 2003 (1ª ed. 2002). XIII+386 pp. £8.99. ISBN: 0140297634.